

¡conteneos!, ó á los partidos mismos: ¡inmolaos á vuestro gusto!, ó á un torrente, en fin: ¡detén tu curso! Sin embargo, aunque el consejo fuera inútil, Lafayette no tenía menos el deber de darle. La carta fué muy aplaudida por la derecha: la izquierda guardó silencio, y apenas terminada la lectura, tratóse ya de imprimir el escrito y enviarle á los departamentos.

Vergniaud pidió la palabra y la obtuvo: según él, importaba á la libertad, tan bien defendida hasta entonces por Mr. Lafayette, que se hiciera una distinción entre las peticiones de los simples ciudadanos, que daban un aviso ó reclamaban un acto de justicia, y las lecciones de un general armado.

Este último no debía expresarse sino por conducto del ministerio, sin lo cual quedaba la libertad perdida, y por lo tanto opinaba que se pasase á la orden del día. Thevenot contestó que la Asamblea debía escuchar de boca de Mr. Lafayette las verdades que no había osado decirse á sí mismo. Esta última observación excitó un gran tumulto, y algunos diputados negaron la autenticidad de la carta. «Aun cuando no estuviera firmada, gritó Mr. Coubé, sólo Mr. de Lafayette ha podido escribirla.» Guadet pidió la palabra para citar un hecho: sostuvo que la carta no podía ser del general, porque hablaba de la dimisión de Dumouriez, que no se había presentado hasta el 16, y llevaba esta misma fecha. «Sería, pues, imposible, añadió, que el firmante hablara de un hecho que no debía serle conocido aún. O la rúbrica no es de él, ó la dejó en blanco, á disposición de un partido que debía usar de ella á su antojo.» Estas palabras excitaron rumores; pero continuando Guadet, añadió que Mr. de Lafayette era incapaz, á juzgar por sus conocidos sentimientos, de haber escrito semejante carta. «Debe saber, dijo, que cuando Cromwell...» El diputado Dumás, no pudiendo ya contenerse al oír este nombre, pide la palabra y promuévese una gran agitación en la Asamblea; pero Guadet se apodera de nuevo de la tribuna y quiere continuar. «Decía... (nuevas interrupciones).—Estabais en lo de Cromwell..., grito uno. —Ya llego, replica Guadet... Decía que Mr. de Lafayette debe saber, que cuando Cromwell usaba este lenguaje, la libertad estaba perdida en Inglaterra. Es preciso, pues, ó asegurarse de que un cobarde se ha escudado con el nombre de Mr. de Lafayette, ó bien demostrar por un gran ejemplo al pueblo francés que no habéis hecho un vano juramento cuando jurasteis mantener la Constitución.»

Muchos diputados aseguran reconocer la firma de Lafayette; mas á pesar de esto, enviase la carta al tribunal de los doce para comprobar su autenticidad, con lo cual no se procede á la impresión ni á su envío á los departamentos.

El generoso celo de Lafayette fué, por lo tanto, inútil, y debía serlo, atendida la situación de los ánimos. Desde aquel momento, el general quedó casi tan despopularizado como la corte; y si los jefes de la Gironda, más ilustrados que el pueblo, no creían al general capaz de vender á su país, porque hubiese atacado á los jacobinos, la multitud lo pensaba sin embargo así, á fuerza de oírlo repetir en los clubs, en los diarios y en los sitios públicos.

Resulta, pues, que á las alarmas que había inspirado la carta al partido popular, se agregaron las que promo-

vió Lafayette con su conducta. Desesperando entonces de todo, este partido resolvió dirigir sus golpes contra la corte antes que tuviera tiempo de poner en ejecución los proyectos de que le acusaban.

Ya hemos visto cómo se había formado el partido popular: al pronunciarse más, caracterizóse mejor y se distinguieron en él nuevos personajes. Robespierre se había dado á conocer ya en los jacobinos y Danton en los franciscanos. Los clubs, la municipalidad y las secciones contaban con muchos hombres que por el ardimiento de su carácter y sus opiniones estaban dispuestos á emprenderlo todo. Entre ellos figuraban los llamados Sergent y Panis, que más tarde se dieron á conocer mejor en un terrible acontecimiento, y en los arrabales había muchos jefes de batallón que se habían hecho ya temibles, siendo el principal un cervecero conocido con el nombre de Santerre. Por su estatura, su voz y cierta facilidad en el decir, agradaba al pueblo, y ejercía ya cierto dominio en el arrabal de San Antonio, de cuyo batallón era jefe. Santerre fué uno de los que se distinguieron en el ataque de Vincennes, rechazado por Lafayette en febrero de 1791; y así, como todos los hombres volubles, podía llegar á ser muy peligroso según las inspiraciones del momento. Frecuentaba todos los conciliábulos que se celebraban en los arrabales distantes, donde se reunían él y sus compañeros, el periodista Carra, perseguido por sus ataques á Bertrand de Molleville y Montmorin; un tal Alejandro, comandante del arrabal de San Marcelo; un individuo á quien se conocía sólo bajo el nombre de Fournier el americano; el carnicero Legendre, diputado después en la Convención; un platero llamado Rosignol, y otros varios hombres que por sus relaciones con el populacho agitaban los arrabales. Los más distinguidos se comunicaban con los jefes del partido popular, y podían así someter sus movimientos á una dirección superior.

No es fácil designar con exactitud qué diputados formaban esta dirección; los más distinguidos de ellos eran extraños á París, y sólo influían por su elocuencia. Guadet, Isnard y Vergniaud, todos provincianos, mantenían más bien relaciones con sus departamentos que con el mismo París. Por otra parte, aunque muy ardientes en la tribuna, obraban poco fuera de la Asamblea, y no eran capaces de agitar á la multitud. Condorcet y Brissot, diputados por París, no eran más activos que aquéllos, y por su conformidad de opinión con los diputados del Oeste y del Mediodía, habían llegado á ser girondinos. Desde la destitución del ministerio patriota, Roland se había retirado á la vida privada, y vivía en una obscura y modesta casa de la calle de Santiago. Persuadido de que la corte tenía el proyecto de entregar la Francia y la libertad á los extranjeros, deploraba las desgracias de su país con algunos de sus amigos, diputados de la Asamblea. Sin embargo, parecía que no se trabajaba en su sociedad para atacar á la corte; sólo favorecía la impresión de un diario-cartel titulado *El Centinela*, redactado en sentido patriótico por Louvet, conocido ya en los jacobinos desde su controversia con Robespierre.

Mientras fué ministro, Roland había obtenido fondos para ilustrar la opinión pública con escritos, y el resto de aquéllos servían para imprimir *El Centinela*. Hacia la misma época hallábase en París un joven

marsellés, entusiasta, valeroso y lleno de ilusiones republicanas, á quien llamaban el Antinóo, porque era un hombre verdaderamente hermoso. Había sido diputado por su distrito en la Asamblea Legislativa, para reclamar contra el directorio de su departamento, pues entonces eran muy comunes en toda Francia las diferencias entre autoridades superiores é inferiores, entre las municipalidades y los directorios. Este joven marsellés, llamado Barbaroux, podía ser muy útil á la causa popular por su inteligencia y notable actividad. Vió á Roland, deploró con él las catástrofes que amenazaban á los patriotas, y ambos convinieron en que, siendo el peligro cada vez mayor en el Norte de Francia, habría necesidad de retirarse al Mediodía, cuando se llegase al último extremo, para fundar una república, que algún día podría extenderse hasta Bourges, como lo hizo en otro tiempo Carlos VII con su reino. Examinaron el mapa con el ex ministro Serván, y dijeron que combatida la libertad en el Rhin y más allá, debería retirarse detrás de los Vosgos y el Loira; y que cuando se la rechazara en estos atrincheramientos, aún le quedaría en el Este el Doubs, el Ain y el Ródano; en el Oeste el Vienne y el Dordoña, y en el centro las rocas y los ríos del Lemosín. «Más allá, dijo Barbaroux, tenemos la Auvernia, con sus cimas escarpadas, sus desfiladeros, sus antiguos bosques y las montañas de Velay, en otro tiempo abrasadas por el fuego y cubiertas ahora de pinabetes: sitios salvajes donde los hombres andan entre la nieve, pero viviendo al menos con independencia. Las Cevenas ofrecen también un asilo demasiado célebre para que no inspire temores al despotismo, y en el confín del Mediodía tenemos por barreras el Isère, el Durançe, el Ródano, desde Lyon hasta el mar, los Alpes y las murallas de Tolón. Por último, si todos estos puntos fueran tomados, aún nos quedaba la Córcega, ese país donde ni los genoveses ni los franceses pudieron arrigar la tiranía, ese país que sólo espera brazos para ser fértil y filósofos para ilustrarle (1).»

Natural era que los habitantes del Mediodía pensaran en refugiarse en sus provincias en el caso de ser invadido el Norte; pero no descuidaron éste, habiendo acordado escribir á sus departamentos para que se formase el campamento de veinte mil hombres, aunque no se hubiese sancionado el decreto. Contaban mucho con Marsella, ciudad rica, muy populosa y singularmente muy democrática. Había mandado á Mirabeau á los Estados Generales, y desde entonces se ocupó en propagar en todo el Mediodía el espíritu de que estaba animada. El corregidor de dicha ciudad era amigo de Barbaroux, y participaba de sus opiniones. Este último le había escrito recomendándole que almacenase granos, que enviara hombres seguros á los departamentos próximos, así como á los ejércitos de los Alpes, de Italia y los Pirineos, á fin de preparar la opinión pública; que tratase de sondear las intenciones de Montequiou, general del ejército de los Alpes, utilizando su ambición en provecho de la libertad; y por último, que se concertara con Paoli y los corsos de modo que en caso necesario pudiera ofrecer el último socorro y asilo. Recomendóse además al mismo corregidor que retuviese el producto de los impuestos, para evitar que el

poder ejecutivo pudiera emplearlos contra él en caso de apuro.

Lo que Barbaroux hacía por Marsella, hacíanlo otros por sus respectivos departamentos, con el fin de asegurarse un refugio; y así es como la desconfianza convertida en desesperación preparaba el levantamiento general, y en estos preparativos de la insurrección establecióse una diferencia entre París y los departamentos.

El corregidor Petión, relacionado con todos los girondinos, y más tarde proscrito con ellos, era quien se comunicaba más íntimamente con los agitadores de París, por efecto de las funciones que desempeñaba. Distinguíase por su calma imperturbable, por una aparente frialdad que sus enemigos consideraban como estupidez, y por una probidad ensalzada por sus partidarios, sin que jamás la negaran sus detractores. El pueblo, que siempre aplica sobrenombres á todos aquellos de quienes se ocupa, dió en llamarle la *Virtud Petión*. Ya hemos hablado de él con motivo del viaje á Varennes, y de la preferencia que le dió la corte sobre Lafayette, cuando se trató de nombrar el corregidor de París. La corte intentó corromperle, y algunos estafadores prometieron conseguirlo; pero después de pedir cierta cantidad, se la quedaron, sin intentar cosa alguna contra Petión, cuyo conocido carácter no les dejaba esperanza de conseguir su objeto. La satisfacción que experimentó la corte al pensar que pervertiría á un magistrado del pueblo fué de corta duración; bien pronto conoció que se la había engañado, y que las virtudes de sus enemigos no eran tan venales como lo creyó.

Petión fué de los primeros que opinaron que las inclinaciones de un rey que ha nacido absoluto no se modifican jamás; era republicano antes que nadie pensara en la república, y en la Constituyente fué por convicción lo que era Robespierre por dureza de carácter. Durante la Legislativa se persuadió más aún de que la corte era incorregible; sospechó que llamaba al extranjero, y habiendo sido primeramente republicano por sistema, fué entonces por raciocinio y seguridad. Desde aquel momento, según dijo, pensó en favorecer una nueva revolución. Contenía los movimientos mal dirigidos, favoreciendo, por el contrario, los que le parecían bien, y trataba sobre todo de conciliarlos con la ley, de la que era rígido observador, y la cual no quería infringir sino en el último extremo.

Sin conocer bien la participación que tuvo en los movimientos que se preparaban, sin saber si consultó á sus amigos de la Gironda para favorecerlos, podemos decir, á juzgar por su conducta, que no hizo nada para oponer un obstáculo. Preténdese que hacia fines de junio fué á ver á Santerre con Robespierre, Manuel, síndico del concejo, Sillery, ex constituyente, y Cabot, ex capuchino y diputado; que éste arengó á la sección de los trescientos y les dijo que la Asamblea le esperaba. Sea lo que fuere de estos hechos, lo cierto es que hubo conciliábulos; y no parece creíble, en vista de sus conocidas opiniones y de su conducta ulterior, que las personas citadas tuviesen escrúpulo de asistir á ellos.

Desde aquel instante se habló en los arrabales de una fiesta para el 20 de junio, aniversario del juramento en el trinquete. Decíase que se trataba de plantar un árbol de la libertad en el terrado de los fuldenses, y de dirigir una petición á la Asamblea y al rey. Esta petición se

(1) Memorias de Barbaroux, págs. 38 y 39.

debía presentar por gente armada, y en esto se ve bien claramente que la verdadera intención era atemorizar á los habitantes de palacio con la vista de cuarenta mil picas.

El 16 de junio se dirigió al consejo general una petición para que autorizase á los ciudadanos del arrabal de San Antonio para reunirse el día 20 con armas, á fin de presentar una exposición á la Asamblea y al rey. El consejo de la municipalidad pasó á la orden del día, y acordó que su resolución se comunicase al directorio y al cuerpo municipal; pero los peticionarios, sin darse por vencidos, dijeron altamente que se reunirían de todos modos. El corregidor Petión no extendió hasta el día 18 las comunicaciones acordadas el 16, y además las trasladó sólo al departamento y no al cuerpo municipal.

El directorio del departamento, que según hemos visto se distinguía en todas ocasiones contra los perturbadores, expidió el 19 una orden prohibiendo las reuniones armadas, y recomendando al comandante general y al corregidor que adoptasen las medidas necesarias para dispersar los grupos. Este acuerdo fué presentado á la Asamblea por el ministro de la Gobernación, y acto continuo se agitó la cuestión de saber si se daría lectura.

Vergniaud se opuso á ello, pero no fué atendido; leyóse el acuerdo y se pasó acto continuo á la orden del día.

Acababan de ocurrir en la Asamblea dos acontecimientos de bastante importancia. El rey había significado su oposición á los dos decretos, relativo el uno á los eclesiásticos sin juramentar y el otro á la formación de un campamento de veinte mil hombres. La comunicación fué escuchada con el más profundo silencio; pero al mismo tiempo se presentaron varios marseleses para leer una petición. Ya hemos visto qué relaciones mantenía con ellos Barbaroux: excitados por sus consejos, habían escrito á Petión ofreciéndole todas sus fuerzas, y á la vez presentáronle una solicitud para la Asamblea, en la cual decían entre otras cosas:

«La libertad francesa está en peligro; pero el patriotismo del Mediodía salvará á la Francia... Ha llegado el día de la cólera del pueblo... ¡Legisladores! en vuestras manos está su fuerza, haced uso de ella; el patriotismo francés os pide que le dejéis marchar con otras más imponentes hacia la capital y las fronteras. ¡No rehuséis la autorización de la ley á los que quieren morir en su defensa!»

Esta lectura dió origen á largos debates en la Asamblea: los diputados de la derecha sostuvieron que enviar esta petición á los departamentos equivalía á invitarles á la insurrección; mas á pesar de sus razones, acordóse el envío; eran éstas muy justas sin duda, pero del todo inútiles desde que se abrigaba el convencimiento de que sólo una nueva revolución podía salvar la Francia y la libertad.

Tales fueron los acontecimientos durante el día 19; pero continuaba el movimiento en los arrabales, y Santerre, según se asegura, decía á su gente, algo atemorizada por la orden del directorio: «¿Qué teméis? La guardia nacional no tendrá orden de hacer fuego, y además estará allí Mr. Petión.»

El corregidor, bien porque creyere irresistible el mo-

vimiento, ó ya porque juzgara que debía favorecerle, como lo hizo más tarde, el 10 de agosto, escribió á media noche al directorio, pidiéndole que autorizase la reunión y permitiera á la guardia nacional recibir en sus filas á los ciudadanos de los arrabales. Este medio satisfacía perfectamente las miras de los que, sin desear ningún desorden, querían, sin embargo, imponer al rey; y todo prueba, efectivamente, que tal era el objeto de Petión y de los jefes populares.

El directorio contestó á las cinco de la mañana del 20 de junio que no rectificaba ninguno de sus acuerdos anteriores, y entonces mandó Petión al comandante general de servicio que completara las guardias y doblase la de las Tullerías; pero no hizo más, y no queriendo renovar la escena del Campo de Marte ni dispersar á los ciudadanos, esperó hasta las nueve de la mañana, hora en que se debían reunir los individuos de la municipalidad. Comenzada su sesión, dejélos aprobar un acuerdo contrario al del directorio, y se mandó á los guardias nacionales que admitiesen en sus filas á los peticionarios armados. Al no oponerse Petión á una orden que contrarrestaba lo dispuesto por la autoridad administrativa, incurrió en una especie de contravención que más adelante se le echó en cara; pero cualquiera que fuese el carácter de este acuerdo, fueron inútiles sus disposiciones, porque la guardia nacional no tuvo tiempo para formarse y la reunión llegó á ser en un momento tan considerable que no se pudo variar ni su forma ni su dirección.

Eran las once de la mañana y la Asamblea acababa de reunirse, esperando un gran suceso. Presentanse los individuos del departamento para dar cuenta de la inutilidad de sus providencias. El síndico Røederer toma la palabra, y dice que á pesar de la ley y de diferentes órdenes de las autoridades, se ha organizado una reunión extraordinaria de ciudadanos; que parece que su único objeto es celebrar el aniversario del 20 de junio, y ofrecer nuevamente un tributo de gracias á la Asamblea; pero que si tal es el fin de los más, también era de temer que hubiese mal intencionados que quisieran aprovecharse de aquella multitud para apoyar una solicitud al rey, quien no debe recibirlas sino bajo la forma pacífica de simple petición. Recordando después las órdenes del directorio y del consejo general de la municipalidad, las leyes decretadas contra las reuniones de ciudadanos armados, y las que fijan en veinte el número de los que pueden presentar una petición, exhorta á la Asamblea á que mande cumplirlas, «porque, dice, hoy se dirigen aquí peticiones armadas, á las que impulsa sólo su entusiasmo cívico; pero mañana podría formarse una multitud de malvados, y entonces, señores, yo os pregunto: ¿qué podríamos decirles?..»

En medio de los aplausos de la derecha y de los murmullos de la izquierda, que desaprobando las alarmas y la previsión del departamento aprobaban evidentemente la insurrección, Vergniaud sube á la tribuna y prueba que el abuso que atemoriza al procurador síndico para el porvenir es un hecho establecido ya; que varias veces se ha recibido á peticionarios con armas permitiéndoles desfilarse en el salón; que acaso se haya obrado mal, pero que los peticionarios de hoy tendrían razón en quejarse si se les tratara de distinto modo que á los demás; que si, como se decía, trataban de presen-

tar una solicitud al rey, le enviarían sin duda individuos desarmados; y que, por lo demás, si se temía algún peligro para el príncipe, bastaba enviarle una diputación de sesenta representantes, rodeando su persona de alguna fuerza.

Dumolard admite todo cuanto ha dicho Vergniaud; confiesa el abuso establecido, pero sostiene que es preciso poner un término á él, sobre todo en aquella ocasión, si no se quiere que la Asamblea y el rey aparezcan á los ojos de Europa como esclavos de una facción devastadora. Pide, lo mismo que Vergniaud, que se envíe una diputación; pero exige además que la municipalidad y el departamento sean responsables de las medidas adoptadas para el mantenimiento de las leyes.

El tumulto acrece cada vez más, y en esto anúnciase una carta de Santerre, que es leída en medio de los aplausos de las tribunas. Dicese en el escrito que los habitantes del arrabal de San Antonio celebran el 20 de junio; que se les ha calumniado, y que solicitan presentarse á la Asamblea para confundir á sus detractores y probar que son siempre los hombres del 14 de julio.

Vergniaud contesta después á Dumolard, que si se ha infringido la ley, no es nuevo el ejemplo; que tratar de oponerse esta vez, sería renovar la sangrienta escena del Campo de Marte; y que después de todo, nada tienen de reprehensible los sentimientos de los peticionarios. «Justamente alarmados por el porvenir, añade Vergniaud, quieren probar que á despecho de todas las tramas urdidas contra la libertad, están siempre dispuestos á defenderla.» Según vemos aquí, el verdadero pensamiento del día iba descubriéndose por un efecto ordinario de la discusión. El tumulto continúa: Ramond pide la palabra y se necesita un decreto para concedérsela. En aquel momento anúnciase que los peticionarios ascienden á ocho mil. «¡Ocho mil!, exclama Calvet, y nosotros no somos más que setecientos cuarenta y cinco; retirémonos.» «¡Al orden, al orden!», gritan por todas partes. Se llama al orden á Calvet y se invita á Ramond á que hable pronto, porque esperan ocho mil ciudadanos. «Pues si esperan ocho mil ciudadanos, exclama, también me aguardan á mí veinticuatro millones de franceses.»

Después repite las razones aducidas por sus amigos de la derecha; pero de repente invaden la sala los peticionarios; la Asamblea se levanta indignada, el presidente se cubre, y entonces se retiran aquéllos dócilmente. Esta sumisión complace á la Asamblea, que consiente después en recibirlos.

La petición, cuyo estilo era de los más audaces, expresaba la idea de todas las de aquella época, y decía así: «El pueblo está pronto; sólo á vosotros espera, y se halla dispuesto á valerse de los grandes medios para ejecutar el artículo 2 de la declaración de los derechos, *resistencia á la opresión*... Salga de esta tierra de libertad y váyase á Coblenza el escaso número de entre vosotros que no participe de vuestros sentimientos y los nuestros... ¡Buscad la causa de los males que nos amenazan, y si proviene del poder ejecutivo sea aniquilado!»

El presidente, después de prometer á los peticionarios la vigilancia de los representantes del pueblo, y de recomendarles la obediencia á las leyes, les concede en nombre de la Asamblea el permiso de desfilarse ante ella. Ábrense entonces las puertas, y cruza por la sala toda

aquella multitud, que no bajaba en aquel momento de treinta mil personas. Fácil es figurarse todo lo que puede producir la imaginación del pueblo entregado á sí mismo. Abrían la marcha varios hombres cargados con grandes mesas donde estaba la declaración de los derechos, y á su alrededor bailaban mujeres y chiquillos, agitando ramas de olivo y picas, es decir, la paz ó la guerra, á elección del enemigo, y repitiendo en coro el famoso *Ça ira*. Seguían después los matones del mercado, los trabajadores de todas clases, armados de malos fusiles, sables y hierros cortantes sujetos en la extremidad de gruesos palos; y precedíanles como jefes, con los sables desenvainados, Santerre y el marqués de Saint-Hurugues, que se había distinguido ya en las jornadas del 5 y 6 de octubre. Marchaban detrás en buen orden varios batallones de la guardia nacional, cuya presencia debía contener el tumulto, siguiéndoles un grupo de mujeres y hombres armados, que llevaban banderolas flotantes en las cuales se leían estas palabras: *La Constitución ó la muerte*. Algunos agitaban al aire calzones rotos, á los gritos de: *¡Vivan los descamisados!* Por último cerraba la marcha un grupo que llamaba la atención por un distintivo espantoso, el cual imprimía cierto carácter de ferocidad á la extravagancia del espectáculo. En la punta de una pica llevaban un corazón de ternera con esta inscripción: *Corazón de aristócrata*. Al ver esto, prodújose un murmullo en que se revelaban á la vez el pesar y la indignación, y en el mismo instante desapareció el horrible emblema, pero volvió á verse después á las puertas de las Tullerías. Los aplausos de las tribunas, los gritos del pueblo que cruzaba la calle, los cantos cívicos, los confusos rumores, y el silencio lleno de ansiedad de la Asamblea, constituían un conjunto extraño y aflitivo, aun para aquellos diputados que veían en la multitud un auxiliar. ¡Ay!, ¡por qué no ha de dominar nunca la razón en estos tiempos de discordias! ¡Por qué aquellos que llamaban á los bárbaros disciplinados del Norte obligaban á sus enemigos á llamar á estos otros bárbaros indisciplinados, tan pronto alegres como feroces, que pululan en el seno de las ciudades y constituyen la hez de la más brillante civilización!

Aquella escena duró tres horas, y al fin volvió á presentarse Santerre para dar á la Asamblea gracias en nombre del pueblo, y ofrecer una bandera en señal de agradecimiento y fidelidad.

En aquel momento quería la multitud entrar en el jardín de las Tullerías, cuyas verjas estaban cerradas. Rodeaban el palacio numerosos destacamentos de la guardia nacional, que extendiéndose en línea desde los Fuldenses hasta el río, ofrecían un aspecto imponente. El rey dió orden de abrir la puerta del jardín, y entonces se precipitó el pueblo, desfilando por debajo de las ventanas del palacio y ante las filas de la guardia nacional; no hizo ninguna demostración hostil, pero gritaba sin cesar: *¡Abajo el veto!*, *¡vivan los descamisados!* Sin embargo, algunos individuos añadían al hablar del rey:—¿Por qué no se deja ver?.. No queremos hacerle ningún daño.—Aún se oían algunas veces las palabras: *le engañan*, pero en raros casos: el pueblo dispuesto siempre á participar de las opiniones de sus jefes, había desesperado como ellos.

La multitud salió por la puerta del jardín que da al Palacio Real, remontó el muelle, y atravesó por los

portales del Louvre para ir á ocupar la plaza del Carrousel. Esta plaza, tan grande hoy, tenía entonces muchas calles que formaban una especie de caminos cubiertos, y en vez del inmenso patio que se extiende entre el palacio y la verja, desde una á otra ala, había patios pequeños separados por paredes y casas, dando salida al Carrousel unos antiguos portales. El pueblo invadió todos los alrededores y presentóse ante la puerta real, pero fué prohibida la entrada; varios oficiales de la municipalidad le arengaron é inclinaron al parecer á retirarse. Preténdese que en aquel mismo instante salía Santerre de la Asamblea, donde se había quedado el último para ofrecer la bandera, y que él fué quien reanimó al pueblo, ya satisfecho, mandando colocar un cañón delante de la puerta. Eran cerca de las cuatro, cuando dos oficiales de la municipalidad levantaron de pronto la consigna (1); y entonces quedaron paralizadas aquellas fuerzas, que eran bastante considerables, consistiendo en varios batallones de la guardia nacional y algunos destacamentos. El pueblo se precipitó hacia el patio, y desde allí pasó al vestíbulo del palacio. Dícese que habiendo amenazado dos testigos á Santerre con acusarle de aquella violación de la morada real, gritó éste dirigiéndose á la multitud: *Sed testigos de que rehuso dirigirme á las habitaciones del rey.* Esta interpelación no contuvo á la multitud, que había tomado ya impulso, y que diseminándose por todo el palacio invadió las escaleras, transportando á fuerza de brazos un cañón hasta el primer piso. En el mismo momento, los sitiadores comenzaron á descargar sablazos y hachazos en las puertas que acababan de cerrarse.

Luis XVI se había despedido en este instante de muchos de sus peligrosos amigos, que sin poder salvarle, le habían comprometido tantas veces; habían llegado presurosos, pero el rey les ordenó que saliesen de las Tullerías, donde su presencia no podía menos de irritar al pueblo sin contenerle. Sólo quedaron con el príncipe el anciano mariscal de Mouchy, el jefe del batallón Adoque, algunos servidores de su casa, y varios oficiales fieles de la guardia nacional. A poco se oyen los gritos del pueblo y el ruido de los hachazos: los oficiales de la guardia nacional rodean al rey, y suplicanle que se deje ver, prometiendo morir á su lado; el príncipe no vacila y manda abrir, precisamente en el momento en que una hoja de la puerta cae á sus pies á impulsos de un golpe violento, permitiendo ver un bosque de picas y bayonetas. «Heme aquí», exclama Luis XVI presentándose á la multitud desencadenada. Los que le rodean se oprimen entre sí, formando como un muro con sus cuerpos, y gritando con fuerza: «¡Respetad á vuestro rey!» La multitud, que no tenía seguramente ningún objeto fijo, y á la cual no se había hablado más que de una invasión amenazadora, se detiene entonces; varias voces anuncian una solicitud y piden que sea escuchada. Los que rodean al rey le invitan entonces á pasar á otro salón más espacioso, á fin de poder escuchar aquella lectura; y satisfecho el pueblo al verse obedecido, sigue al príncipe, que tiene la feliz idea de colocarse junto al marco de una venta-

(1) Todos los testigos están acordes sobre este hecho, variando únicamente los nombres de los oficiales de la municipalidad.

na. Invítanle á subirse en una banqueta; colocan otras varias delante de él, agregando una mesa, y todos cuantos se hallan á su lado se agrupan alrededor. Llegan después varios granaderos de la guardia y algunos oficiales de servicio, que aumentan el número de los defensores del rey, constituyendo una barrera, detrás de la cual puede escuchar con menos riesgo el terrible plebiscito. En medio del tumulto y de los gritos, oye repetir con frecuencia: *¡Abajo el veto! ¡Fuera los clérigos y los aristócratas! ¡El campamento en París!* Adelántase el carnicero Legendre, y en el lenguaje popular pide la sanción del decreto. «No es este el lugar ni la hora, contesta el rey con firmeza; haré lo que exija la Constitución.» Esta resistencia produce su efecto y todos gritan: *¡Viva la nación!, ¡viva la nación!* «Sí, contesta Luis XVI, *¡viva la nación!*, yo soy su mejor amigo.» «¡Pues bien, probadlo!» grita uno de aquellos hombres presentándole un gorro encarnado en la punta de una pica. Una negativa era peligrosa; la dignidad del rey no consistía seguramente en dejarse asesinar, rechazando una inútil prueba, sino en sostener con firmeza el ataque de la multitud, como así lo hizo. En su consecuencia, calóse el gorro, con lo cual obtuvo la aprobación de todos; y como pareciese sofocado, no sólo por efecto del calor de la estación, sino por la presencia de aquel gentío, un hombre, casi borracho, que llevaba un vaso en una mano y una botella en la otra, le ofreció de beber. Hacía mucho tiempo que el rey temía ser envenenado; mas á pesar de esto, bebió sin vacilar, y fué ruidosamente aplaudido.

Entretanto, madama Isabel, que amaba tiernamente á su hermano y era la única de la familia que había podido llegar hasta él, seguía de ventana en ventana para compartir sus peligros. Al verla el pueblo, creyó que era la reina, y bien pronto resonaron de un modo siniestro los gritos de *¡ahí está la austriaca!* Los granaderos nacionales, que habían rodeado á la princesa, quisieron desengañar al pueblo; pero aquella generosa hermana les dijo: «¡Dejadles en su error y salvad á la reina!»

Esta última, rodeada de sus hijos, no había podido reunirse con su esposo; huyendo de las habitaciones del piso bajo, corrió á la sala del consejo, y no pudo llegar hasta el rey á causa de la multitud que obstruía todo el palacio, habiendo sido inútiles sus instancias para que la condujesen al salón donde se hallaba. Consiguióse por fin disuadirla; y colocada detrás de la mesa del consejo con algunos granaderos, vió desfilar á la multitud, temblando de espanto y conteniendo á duras penas las lágrimas que se escapaban de sus ojos. Al lado estaba su hija llorando, mientras que el niño, atemorizado al principio, se tranquilizó muy pronto, y sonreía con la feliz ignorancia de su edad. Habíanle presentado un gorro encarnado, con que le cubrió la cabeza la misma reina. Santerre, que se hallaba allí cerca, recomendaba el respeto al pueblo, tranquilizando á la princesa, á quien repetía á cada momento las acostumbradas y desgraciadamente inútiles palabras: *Señora, os engañan, os engañan.* Después, como viese que el joven príncipe parecía sofocado con el gorro, despojóle de aquella ridícula insignia diciendo: «Este niño se ahoga.»

Al saber lo que sucedía en el palacio, habían acudido presurosos varios diputados á reunirse con el rey

y hablaron al pueblo para recomendarle el respeto; mientras que otros se dirigieron á la Asamblea á fin de dar cuenta de lo que pasaba. La indignación de la derecha y los esfuerzos de la izquierda para excusar aquella irrupción en el palacio del monarca, aumentaron el tumulto; pero se acordó, sin debate, nombrar una comisión de veinticuatro diputados que debía proteger al rey, siendo relevada por otra de media en media hora, á fin de que la Asamblea tuviera conocimiento de cuanto ocurría. Los diputados hablaron sucesivamente, alzándose sobre la multitud en hombros de los granaderos; y habiéndose presentado á poco Petión, acusósele de llegar demasiado tarde. En su abono alegó que no le habían dado parte hasta las cuatro y media de la invasión ocurrida á las cuatro; que había tardado media hora en llegar al palacio, y que después le fué necesario vencer tantos obstáculos, que no pudo acercarse al rey antes de las cinco y media. Acercándose luego al príncipe, le dijo: «No temáis nada; estáis en medio del pueblo.» Por toda contestación, el rey tomó la mano de un granadero, y poniéndola sobre su pecho, repuso: «Ved si el corazón late más apresuradamente que de ordinario.» Esta noble respuesta fué muy aplaudida. Petión se subió entonces á un sitial, y dirigiéndose á la multitud, le dijo que después de haber hecho su representación al rey, debía retirarse sin tumulto, procurando observar una conducta que no manchara

su nombre. Algunos testigos pretenden que Petión dijo su *justa* representación; pero estas palabras probarían cuando más la necesidad de no resistir á la multitud. Santerre unió su influencia á la de Petión, y bien pronto evacuó la multitud el palacio, retirándose pacíficamente y en buen orden. Eran poco más ó menos las siete de la tarde.

El rey, la reina, su hermana y los niños se reunieron un momento después, vertiendo amargas lágrimas. El príncipe, aturdido por aquella escena, conservaba todavía la cabeza cubierta con el gorro encarnado, y al notarlo por primera vez al cabo de algunas horas, arrojóse con indignación. En aquel momento llegaron nuevos diputados para informarse de la situación del palacio: la reina le recorrió con ellos, enseñándoles las puertas derribadas, los muebles rotos, y quejándose con dolor de tantos ultrajes. Merlin de Thionville, ardiente republicano, era uno de los diputados presentes, y como la reina le viese lágrimas en sus ojos, le dijo: «Lloráis al ver al rey y su familia tratados tan cruelmente por un pueblo al que siempre quiso hacer feliz.» «Es verdad, señora, repuso Merlin, lloro las desgracias de una mujer hermosa, sensible y madre de familia; pero desengañaos, ni una sola de mis lágrimas es para el rey ó la reina, pues aborrezco á los reyes y las reinas...» (1).

(1) Véase madama Campán, tomo II, pág. 215.